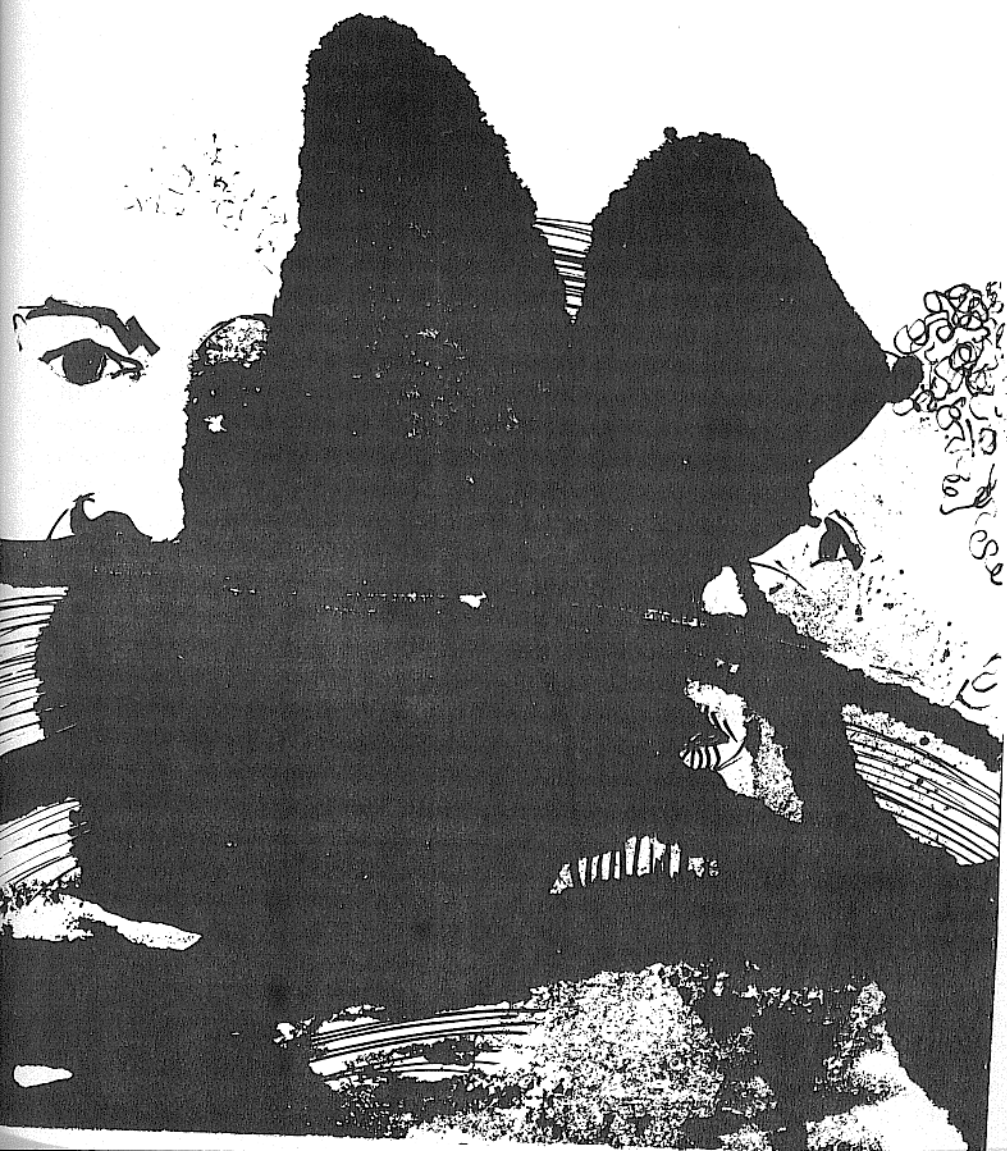


# First-Time Historia y Antropología Entre Los Saramaka



## FIRST-TIME HISTORIA Y ANTROPOLOGIA ENTRE LOS SARAMAKA

Por: Richard Price

En una arboleda sagrada junto a la aldea de Dangogó, bajo la sombra de los árboles, hay un altar dedicado a la Gente de la Epoca Antigua (Awónenge), aquellos antepasados quienes "oyeron los gritos de guerra". Siempre que hay una crisis colectiva en la región -ya sea que las lluvias se resistan a venir a tiempo o que una epidemia arrase- los saramakas se refugian en este altar. Mientras una bebida de caña se chorrea hasta mojar la tierra donde se levantaban unas banderas, se invoca a la Gente de la Epoca Antigua uno por uno -se llaman sus nombres (mediante la voz o el sonido del tambor *apínti*), sus hazañas se recuentan, se recuerdan sus debilidades y los tambores/bailes/canciones que les gustaron alguna vez les satisfacen a plenitud.

Literalmente, miles de individuos de Saramaka tienen que haber escuchado los gritos de guerra entre 1680 y 1762, cuando vendría la Paz. Sin embargo, los nombres invocados en el altar de *Awónenge* suman meramente las decenas. Toda la historia es así: una selección radical del giro inmenso de la actividad humana en el pasado. La singularidad de *First-Time* es el hecho de que toma en serio esa selección hecha por esa gente que se reúne en el altar. Se trata de aquella gente lejana y de aquellos hechos antiguos de los que los saramaka de hoy piensan, hablan y obran a su impulso; pero también se trata de las formas por las cuales los

---

\* Tomado del libro *First-Time: the historical vision of an Afro-American people* (Johns Hopkins University Press, Copyright 1983 por Richard Price, paperback, \$12.95). Traducido por Luz Curet. Revisado por Wenceslao Serra. Richard Price es catedrático y director del Depto de Antropología de Johns Hopkins University.

saramakas convierten el pasado general (todo lo que pasó) en pasado relevante, su historia. *First-Time* intenta comunicar algo de la visión especial con que los saramakas ven sus años formativos.

Los saramakas están muy conscientes de que viven en la historia, de que cosechan día tras día el fruto de las hazañas de sus antepasados, y de que ellos mismos poseen la capacidad, a través de sus propios actos, de cambiar el mañana. Ellos creen que el mal se origina en las acciones humanas, lo que hace que la historicidad de Saramaka sea una ruta bidireccional. No solamente cada desgracia, cada enfermedad o cada muerte surgen de una iniquidad pasada específica, sino que cada ofensa, ya sea contra la gente o los dioses, llevará algún fruto amargo. Los actos viles de los muertos intervienen diariamente en la vida de los vivos, quienes deben aprender a aceptarlos y a bregar con los males que estos engendran. Cualquier enfermedad o desgracia apela a la adivinación, la cual revela rápidamente el hecho pasado específico que ha constituido la causa. Y en el largo proceso de hacer las cosas correctas de nuevo, los antepasados hablan, los dioses bailan y el pasado se revive palpable y visiblemente.

Para los saramakas de hoy día, la Primera Epoca (*fési-tén*) -la era de la Gente Antigua- se diferencia de su pasado inmediato en su inherente poder abrumador. Hacia 1800 aproximadamente, la Primera Epoca ni se "mitologizaba" más ni se recordaba menos que el pasado más reciente; pero el conocimiento de la Primera Epoca particularmente se circunscribe, restringe y protege. Es el manantial de donde brota la identidad colectiva; contiene la raíz verdadera de lo que significa ser un saramaka. Una vez Améiká, hombre de unos setenta años, expresó ante mí: "La Primera Epoca mata a la gente. Por eso no se le debe enseñar a los jóvenes... Por eso, cuando se vierte una libación en el altar de los antepasados, hay que tener cuidado al hablar en proverbios (porque a los mejor no estamos conscientes de sus implicaciones ocultas). ¡Hay ciertos nombres (de gente) que, si se invocan, mueren en el acto! ¡Hay nombres que no se pueden invocar dos veces a lo largo del curso de un año! Con estas cosas crecimos."

El peligro inminente de la Primera Epoca reside, en parte, en usos especiales en acción social. El pasado reciente (aproximadamente los últimos cien años) que estorba la vida diaria tiende a afectar solamente a individuos, a grupos familiares y, ocasionalmente, a toda la aldea. La Primera Epoca, aunque se le invoque con menos frecuencia, se relaciona con colectividades mayores y más antiguas, mayormente "clanes" (*lô*) que remontan a sus antepasados por la línea materna hasta llegar a un verdadero grupo original de esclavos rebeldes. La Primera Epoca casi siempre se revive en la arena restringida y recargada de los asuntos políticos entre los clanes. Los movimientos de migración de la gente de la

Primera Epoca fueron los que establecieron los derechos del dominio de la tierra para la posteridad; los detalles de cómo mantienen sus puestos políticos son los que proporcionan el modelo en el cual se basa la sucesión moderna; y las alianzas y rivalidades particulares entre los clanes en tiempo de guerra son las que dan forma a la calidad de la interacción de sus descendientes hoy día. Cualquier disputa entre clanes -ya sea por el dominio de la tierra, puesto político o pertenencias del ritual- trae inmediatamente el conocimiento de la Primera Epoca a la luz. En estos escenarios, cuando la propiedad colectiva y el prestigio colectivo están en juego, el propósito de saber acerca de un suceso de la Primera Epoca es poder usarlo de apoyo para el propio clan.

La Primera Epoca provee también la "cédula" para las pertenencias rituales más poderosas de cada clan, muchas de las cuales se remontan al periodo formativo. El aprender los detalles de su historia provee un grado sin igual de seguridad personal, porque nadie estará solo en lo venidero: la Gente de la Epoca Antigua y su enorme poder estarán a nuestro lado.

## EL HISTORIADOR SARAMAKA

La búsqueda del conocimiento de la Primera Epoca es un esfuerzo solitario y en cualquier clan el número de los mayores que se consideran verdaderamente como que "saben las cosas" se puede contar con una mano. (A mujeres y a jóvenes, con pocas excepciones, se les prohíbe *a priori* entrar profundamente en el mundo del conocimiento de la Primera Epoca.) Dentro de cualquier clan el conocimiento de cada experto es idiosincrásico, aprendido de una cadena única de parientes, y que refleja las virtudes particulares de ese individuo como historiador. A lo largo del curso de su vida adulta, cada hombre interesado debe construir sus propias ideas y análisis de "lo que realmente pasó" desde hace dos o tres siglos, basándose en fragmentos de canciones y ritos relevantes, disputas y celebraciones que a él le concierne asistir, así como en la narración suplementaria que él pueda sonsacarle a sus parientes mayores que muchas veces no quieren ceder. El historiador saramaka que se está adiestrando se empeña en un trabajo difícil; aquellos que lo toman como vocación, como los mejores historiadores nuestros, parecen ser arrastrados por una necesidad interna de dar sentido a través del pasado, bastante apartado del prestigio que puede incidentalmente resultar de su maestría especial.

El conocimiento de la Primera Epoca representa una posesión de gran valor (casi una mercancía) y aquellos que poseen fragmentos de ella los comparten escasamente con otros. Hacer preguntas sobre la Primera Epoca se prohibía tradicionalmente. Según Peleki -un hombre de edad

madura del clan Matjáu quien entonces se preparaba como posible sucesor de Abóikóni, jefe de la tribu, explicó: "Preguntar sobre cosas en detalle simplemente no ocurría. Los viejos le dirían cosas a uno. Uno se sentaba allá sin hacer ni un sonido, escuchando. Y eso era todo."

El proceso de investigación del historiador aprendiz saramaka (como los de su contraparte occidental) consiste en posar, por mucho tiempo, las sentaderas (muchas veces después de haber viajado una distancia considerable para ese privilegio). "Las cosas de la Primera Epoca," - Peléki me dijo una vez "no tienen solamente una cabeza... Los oídos deben sinceramente cansarse de la cosa antes de que te des cuenta verdaderamente de ella."

El cantío del gallo: con un hombre mayor hablando suavemente a un pariente más joven: éste es el escenario clásico de Saramaka para la transmisión formal del conocimiento de la Primera Epoca. ("El cantío del gallo" (en Saramaka *ganía kandá*) es la hora antes del amanecer, cuando la mayoría de los aldeanos duermen en sus hamacas.) A pesar de que la mayor parte del conocimiento de la Primera Epoca de cualquier hombre está unida por contextos más informales -de proverbios y epítetos que se oyen, de canciones y discusiones sobre el dominio de la tierra- las discusiones prearregladas al cantío del gallo son, conceptualmente, el epítome del aprendizaje de la Primera Epoca. En tales momentos es cuando un capitán se supone que instruya a un posible sucesor, un abuelo a su nieto o el hermano de una madre al hijo de su hermana. De hecho, la frase modelo con la cual un saramaka niega el conocimiento de la Primera Epoca es: "Yo nunca me senté con los viejos al cantío del gallo." El conocimiento que se transmite durante el cantío del gallo es deliberadamente incompleto, enmascarado por un estilo que es a la vez elíptico y oscuro. Es un hecho paradójico el que cualquier narración saramaka (incluyendo aquellas narradas al cantío del gallo con la aparente intención de comunicar el conocimiento) deje fuera la mayoría de lo que el narrador sabe acerca del incidente en cuestión. Se supone que el conocimiento de una persona crezca sólo en pequeñas cantidades, y en cualquier aspecto de la vida se le dice deliberadamente a la gente sólo un poquito más de lo que el narrador cree que ya saben.

## AQUELLOS TIEMPOS VENDRAN DE NUEVO

La identidad colectiva de Saramaka se predice en una sola oposición: libertad vs. esclavitud. La función central de la Primera Epoca en la vida de Saramaka es ideológica; la conservación de su conocimiento es su manera de decir "nunca más". Según le oí a un hombre recordarle a otro. "Si olvidamos las hazañas de nuestros antepasados, ¿cómo podemos evitar que nos devuelvan a la esclavitud"? O en las palabras notables de

Peléki, quien me hablaba en ese momento, "Esto es lo que creen realmente los cimarrones. Es más fuerte que cualquier otra cosa... Este es el miedo más grande de todos los cimarrones: que aquellos tiempos (la esclavitud y la lucha por la libertad) vendrán de nuevo."

"Aquellos tiempos", como muy bien saben los saramakas, se refieren a la realidad más áspera. Los cimarrones recapturados por los colonos fueron "castigados" rutinariamente mediante el desjarrete, la amputación de miembros, y una serie de muertes por tortura. Para citar sino un ejemplo del siglo dieciocho, un cimarrón Saramaka recapturado, "cuyo castigo debe servir como ejemplo para los demás, "fue sentenciado" a ser descuartizado vivo, y sus partes fueron echadas al río. Se le tendió en el suelo con la cabeza sobre una viga. El primer golpe que se le dio en el abdomen, le reventó la vejiga, sin embargo no hizo el menor ruido; trató de desviar el segundo golpe del hacha con la mano, pero le cortó esta y la parte alta de la barriga, de nuevo sin proferir un sonido. Los hombres y mujeres esclavos se reían ante esto diciéndose unos a otros: "¡Este es un hombre!" Finalmente, el tercer golpe en el pecho lo mató. Le cortaron la cabeza y el cuerpo en cuatro partes y lo desecharon en el río.

Para los saramaka hoy día, el hablar sobre la primera Época está muy lejos de ser mera retórica que se conserva por razones de orgullo nostálgico. Más bien, la ideología de la Primera Época sobrevive en la mente de los hombres de Saramaka del siglo veinte porque es relevante a su propia experiencia de vida -les ayuda a darle sentido, día tras día, al amplio mundo en el cual viven. Por más de un siglo, cada hombre saramaka ha pasado muchos años de su vida en la costa de Surinam ganando dinero por conducir las maderadas por el río, el trabajo en la construcción y otras formas de trabajo a bajo salario. Allí conoce los *bakáas* -"forasteros", blancos y negros- quienes lo tratan de manera tal que él puede acomodarlo dentro del marco de la ideología de la Primera Época. Asipéi, un hombre digno en sus sesenta, describió un incidente que podría apropiadamente tomarse como ejemplo de docenas de algunos similares que oí contar. Cuando él era un niño, de visita en la ciudad con el hermano de su madre, un negro de la capital de Surinam, lo llamó "mono" a lo que su tío respondió con coraje pero con orgullo: "Donde usted vive, tiene que pagar el agua que se toma tiene que pagar por el lugar donde caga; pero en el bosque donde vivo, tomo la mejor agua del mundo cuando quiero y defeco cómodamente". Para todos esos respetables historiadores saramakas o especialistas de ritos, para todos esos escultores de madera o bailarines de renombre quienes por necesidades económicas (y falta de educación occidental) se ven obligados a limpiar inodoros en la base francesa de lanzamiento de misiles en Kourou, la ideología de la Primera Época no puede permanecer sino como una poderosa fuerza importante.

Y para *todos* los saramakas la reciente construcción de un gran proyecto hidroeléctrico (que inundó completamente la mitad de las tierras por las que sus antepasados pelearon y murieron, y que causó la migración forzosa de miles (de su gente) representó una continuidad esperada del tipo de comportamiento que sus antepasados de la Primera Epoca rutinariamente sufrieron a manos de los *bakáas*. Las continuidades de opresión, desde la esclavitud y tortura original hasta el paternalismo político y la explotación económica modernos, han sido más que suficiente para mantener la ideología de la Primera Epoca como una fuerza viva.

El miedo del grupo a ser traicionado, forjado en la esclavitud y las décadas de la guerra, permanece como piedra angular del sistema moral de los saramaka. Los proverbios y cuentos folklóricos están llenos de moralejas que nos dicen que no debemos confiar en las demás personas; y la disposición y manipulación auto-defensiva penetra las relaciones interpersonales. Un antropólogo que ha vivido con los Alúku, un grupo vecino de cimarrones, describe una "falsa capa de cultura," que ellos han "creado para proteger sus costumbres del mundo de afuera", y nota que en su brega con intrusos ellos "han formado un arte elevado de subterfugio institucionalizado." Por estas razones es que hasta hace poco varios nombres de aldeas que se registran en los mapas oficiales de Saramaka eran o expresiones obscenas o los nombres de cementerios cercanos. Y los hombres de Saramaka se pasan las horas cambiando las historias de las experiencias personales que han tenido en la costa con relación a lo que los afro-americanos en los Estados Unidos solían llamar "tomahle e' pelo al amo" ("*puttin'on ol massa*"). El significado interior de muchos cuentos saramaka es que el conocimiento es poder y que uno no debe nunca revelar todo lo que sabe. Y sobre todo es cierto para la Primera Epoca y para los forasteros.

## TRABAJO DE CAMPO

Durante dos años hacia mediados de los '60, Sally Price y yo vivimos en Saramaka, llevando a cabo trabajo etnográfico que abarcaba una serie de cuestiones que iban desde la "estructura social" y la "religión" hasta el "lenguaje" y el "arte". Solamente una materia estaba terminantemente prohibida, desde nuestros encuentros con el oráculo de *Gáan Táa* hasta la semana de nuestra salida -la Primera Epoca. Con mucho cuidado, evité explorar sistemáticamente el pasado lejano (a pesar de que me interesaba mucho y de que sus emanaciones estaban por doquiera alrededor mío) como parte de poder mantener hasta el final el trato sobre el trabajo de campo que habíamos convenido con nuestros anfitriones.

Durante los años siguientes, como profesor en Yale y Johns Hopkins, aprendí más acerca de la historia de los primeros tiempos de los afro-americanos, particularmente los cimarrones de otra parte del hemisferio. Y decidí persuadir a los saramaka para que exploraran la Primera Epoca conmigo. Cuando mencioné por primera vez la posibilidad, durante viajes cortos en 1974 y 1975, me motivaron lo suficiente como para proceder. En un sentido, los saramaka más viejos que conocía mejor habían esperado siempre que yo trabajara en la Primera Epoca; ¿de qué otra forma podría hacerme un hombre de conocimiento? No obstante, esperaban que lo hiciera sólo cuando estuviera listo- cuando *ellos* creyeran que estaba listo- y ahora era el tiempo apropiado.

Durante la mayor parte de nuestros primeros dos años, habíamos parecido una gran amenaza para nuestros anfitriones, más allá de los que habíamos notado en ese momento. Muchos creían verdaderamente que habíamos ido allí a matarlos inmediatamente; otros creían que habíamos ido para aprender sus secretos para que entonces pudiéramos traer grandes ejércitos que los destruyeran; y todos nuestros anfitriones sabían que nuestra presencia, a pesar de que nos sometían a menudo a prácticas rituales, podía muy bien enojar a los dioses y antepasados de manera que se vengarían dejando caer sobre ellos la destrucción total. Tal como el capitán Kála solía rezar en el altar de los antepasados, durante los primeros días de nuestra estadía, "los forasteros" nunca han venido a Dángogó. Los antepasados siempre han dicho que los blancos no deben llegar tan lejos. Ningún *bakáa* (blanco o negro), ha dormido jamás en Dángogó. La gente de la Epoca Antigua simplemente no pueden "ver" gente blanca. La guerra que peleamos no ha terminado todavía... De todas las cosas en el mundo, ¿qué podemos hacer con esta gente? Nunca he enterrado una persona blanca. Si murieran, ¿cómo sabría cómo enterrarlos?"

Sin embargo, eventualmente nuestros anfitriones (que no estaban dispuestos a ceder al principio), por lo menos la mayor parte del tiempo, nos veían como seres humanos individuales con nuestras propias personalidades idiosincrásicas, y no solamente como "gente blanca." Y había -a veces con resentimiento- un sentimiento de respeto disperso por todas partes por la forma cuidadosa de comportarnos en la vida diaria. Tal como el jefe de la tribu nos dijo en su discurso de despedida en 1968, Sally no había cometido adulterio y se había mantenido asida a los tabúes menstruales; yo había cazado y pescado como un hombre de verdad, compartiendo con nuestros vecinos. No habíamos ido a donde se nos había dicho que no podíamos ir (el altar de los antepasados de la Primera Epoca, la vista río arriba de las aldeas de la Primera Epoca) y no había hablado acerca de lo que no debía hablar (la Primera Epoca). Según las



circunstancias históricas, sentimos que nos habían tratado con una gracia considerable y con una hospitalidad generosa. También sentimos que habíamos hecho varios amigos de por vida, un sentimiento que el tiempo ha confirmado.

A nuestro regreso a Surinam a mediados de la década de los '70, el mundo de Saramaka había cambiado. Funcionarios del gobierno o turistas entraban y salían casi una vez al mes de las aldeas que una vez habían estado aisladas; equipos de filmación ocasionalmente iban y venían, los hombres saramaka usaban a menudo pantalones largos en las aldeas, y la gente escuchaba la radio y pasaba una gran cantidad de tiempo en la capital en la costa. Yo había cambiado también: ahora era un profesor y director de un departamento en vez de un estudiante, se me reconocía como una "autoridad" sobre la vida de Saramaka para los forasteros (se les había dado copia a los saramaka de los libros y trabajos que había escrito); y se me consideraba en una situación en que podía ayudarles de varias maneras con funcionarios de afuera. Nuestra primera estadía -las relaciones sociales que envolvía, los miedos que se suscitaban- ahora se habían hecho parte en cierto sentido del pasado de Dángogó; empezaba un nuevo capítulo. Mientras una vez habíamos sido objeto de miedo e inquietud, ahora éramos, por lo menos para muchos saramakas, los invitados de honor.

Mis propias actividades cambiaron significativamente entre el trabajo de campo inicial de los '60 y las temporadas de investigación de 1976 y 1978 (cuando obtuve la mayor parte del material oral específico para *First-Time*). Mientras que antes había pasado gran tiempo cazando, asistiendo a sesiones del oráculo y participando en otras labores apropiadas para un hombre de mi edad, ahora trabajaba exclusivamente en la Primera Epoca, buscando a los ancianos escogidos para una conversación privada. Con el conocimiento y aprobación de Abóikóni, jefe de la tribu, el capitán Kála y otros ancianos del clan Matajáu que se habían convertido, en un sentido, en nuestros padres espirituales, empecé a trabajar con hombres que me habían conocido (al menos por referencia) en la década anterior. Por el conocimiento que desde entonces había recogido de fuentes escritas, estaba ahora en la situación de ofrecerles a los historiadores saramaka el regalo más preciado, nueva información acerca de su propio pasado, de la Primera Epoca.

Después de un año de investigación adicional en los Países Bajos, de 1977 a 1978, la mayor parte del año lo pasé en el Algemeen Rijksarchief. Mi reserva de información sobre la Primera Epoca había aumentado enormemente, suficiente como para que, sin ofrecer muchas cosas específicas, posea ahora una gran reputación como historiador entre los saramakas sabios. El intercambio de información se convirtió, para

algunos ancianos, en el motivo principal de "sentarse" conmigo; y no solamente yo sabía puntos de vista originales de la gente blanca sobre los sucesos de la Primera Epoca, sino que estaba construyendo rápidamente un almacén del conocimiento saramaka sobre el período que en su amplitud sobrepasaba el conocimiento de cualquier hombre saramaka. Afortunadamente, el crecimiento de mi conocimiento coincidió con un momento independiente en que los ancianos se dieron cuenta de que el conocimiento de la Primera Epoca (por lo menos sus partes no-rituales) mejor debía escribirse pronto o si no se perdería para siempre. En una reunión (*kuútu*) en 1978 en la sala de recepciones del jefe de la tribu, se me pidió a nombre del clan Matjáu que escribiera tal libro para ellos; halagado por una declaración retórica característica de que ahora era un Matajáu, se me pidió formalmente que fuera el cronista oficial.

Este tipo de aprobación oficial, en tan fuerte contraste con las prohibiciones explícitas de los '60 al discutir la Primera Epoca, fue lo que me permitió proceder. No obstante, no hacía realmente más fácil el acto de sacarle el conocimiento de la Primera Epoca a los ancianos cautelosos, ya que la gente tenía su propia determinación de cuánto, y exactamente qué querían compartir conmigo. Todas las discusiones que tuve con saramakas sobre la Primera Epoca deben situarse firmemente en su contexto ideológico básico: "La Primera Epoca mata," "Nunca digas a otro más de la mitad de lo que sabes," y "Aquellos tiempos (los días de guerra, los días de la esclavitud) vendrán de nuevo."

Los métodos de trabajo impuestos por consideraciones prácticas desecharon la mayoría de los modos tradicionales de transmisión histórica; no podía, como un saramaka, simplemente esperar una vida y juntar las piezas de lo que había visto y oído. Tenía que buscar la gente, explicarme, y persuadirle activamente a que compartieran la información con tan poco que ofrecerles, excepto mi propio conocimiento histórico, una compensación por el tiempo dado (en dinero, o si lo preferían, en "regalos"), y la emoción por lo que descubríamos juntos lo que era para algunos el aliciente más importante de todos. Tenía que decirme continuamente, como dice el proverbio de caza saramaka, que "si no se remueve un hoyo, no se encontrará lo que hay dentro"; pero no me puedo dar el lujo de olvidarme de su doble imagen amonestadora: "Si sacudes un árbol seco, lo mejor que puedes hacer es tener cuidado con la cabeza."

Con los hombres con los que trabajé mayormente, desarrollé varias rutinas que nos ayudaron a aliviar las inconveniencias de la empresa. En seguida me di cuenta, por ejemplo, que el gran historiador Tebíni no se sentía completamente a gusto hablándome de la Primera Epoca mientras me miraba directamente, así que trabajé con él frente a uno u otro pariente joven a quien Tebíni podía dirigirse formalmente mientras

hablaba. Tener una tercera persona presente en mis discusiones con Tebíni resultó ser de ayuda en otras formas también. Retóricamente, suplía el "fiador" necesario que podía prestarle al que hablaba toda la atención (ya que yo estaba a menudo escribiendo y tratando de digerir lo que escuchaba); pero más importante aún, proporcionaba una fuente crucial de nuevas preguntas. Con el tiempo, Tebíni, como muchos otros ancianos, quería discutir cualquier cuestión de la Primera Epoca, pero ni él ni los otros casi nunca traían a colación un punto "nuevo" por su propia iniciativa. Una parte importante de mi trabajo, entonces, era el descubrimiento de fragmentos o huellas, enigmas o canciones (algunos vienen de los proverbios o se atestiguan en los rituales; algunos se encuentran en los archivos) que iniciarían una reacción.

Para 1978, Tebíni estaba bastante viejo como para tener física y emocionalmente sus alzas y bajas, pero había llegado verdaderamente a disfrutar de nuestros intercambios nocturnos. Cada vez que Tebíni se emocionaba mucho con la historia que me contaba, al verme escribir (y nunca con una idea clara de cómo funcionaba las grabadoras), solía decir, "Amigo, tómelo *exactamente*. Porque algún día lo dirá en un libro."

Este aura de colegialidad -el respeto mutuo siempre controlado por una cantidad apropiada de reticencia- marcó mis conversaciones de historia con un número de otros hombres además de Tebíni y Peléki. Con cada uno de estos hombres desarrollé relaciones complejas, muchas por espacio de doce años. A la verdad que con esta gente hubiera sido más cabal imaginar una serie de conversaciones intermitentes/interrumpidas que continuaran a través de los años, que "entrevistas" antropológicas clásicas. A través del tiempo, según mi conocimiento crecía, dejé a un lado ciertos intereses anteriores para dar paso a otros de mayor importancia que empezaban a surgir. El desarrollo cronológico de mis discusiones con estos hombres es un archivo de entendimiento profundo y comprensión mutua. Con cada uno de ellos, eventualmente disfruté las relaciones que permitieron un serio intercambio de ideas sobre la Primera Epoca.

Sin embargo, hubo otros encuentros de investigación señalados más por la desconfianza y el miedo que por el compañerismo, y sería negligente de mi parte no decirles todo lo debido al respecto. En algunas aldeas donde se me conocía por referencia, me acogieron con interés y cooperaban. En otras aldeas, sin embargo, donde llegué a pasarme algunos días, me encontré con una hospitalidad cortés, en conjunto con una firme determinación de que no iban a cooperar. Viajando con un amigo saramaka (a veces en compañía de Sally) -es decir, sin el contorno

no-saramaka que se considera normal para los forasteros- presentaba en cada aldea una anomalía: un hombre blanco que no sólo hablaba su lengua bien sino que estaba familiarizado, en ciertos aspectos más que ellos, con detalles de su propia gente y lugares y batallas que se le habían ocultado a los *bakáa* durante siglos. Al escuchar más tarde algunas de las cintas de estas sesiones río abajo con amigos Matjáú, vine a darme cuenta de cuán asustados algunos de estos grupos de ancianos estaban de mí y de mi conocimiento. Y también se me recordó otra vez cuán fuerte la ideología de la Primera Epoca se mantenía, y al grado en que le daba significado profundo y dignidad a la vida de estos hombres. Lo que aprendí en estas situaciones era siempre menos de lo que esperaba; el miedo difícilmente conduce a la verdad. No obstante, ocasionalmente sembré semillas que más tarde dieron fruto, como cuando un hombre posteriormente se acercaba solo para hablarme seriamente, o cuando recogía fragmentos de historias cuyos detalles podía precisar más tarde con otra gente.

Cuando aparecía en tal aldea, ya habiendo mandado aviso con antelación, siempre proponía directamente mis intenciones, una vez que se había hablado lo suficiente y se había hecho el intercambio de regalos. Entonces, se me pedía que procediera, y por lo general solamente durante los próximos minutos mis anfitriones empezaban a darse cuenta, con una mezcla de admiración y miedo, de lo que había.

Por lo general, empezaba con un hecho relativamente neutral que yo creía que les interesaría a ellos, algo que yo había encontrado en los archivos pero que ellos tal vez no habían conservado en detalle. Respecto al clan Nasí, por ejemplo, discutí sobre sus dos primeros capitanes de la época del post-Tratado. El viejo Aseedu contestó (dirigiéndose a uno de los hombres más jóvenes) en una retórica típica de ese tipo de encuentro: "Bueno, tú sabes. No podemos decir que no sea cierto. ¿Sabes por qué? Su 'antepasado' (la pluma y la libreta) está en sus manos. Pero el nuestro ya no está aquí. En realidad, no sabemos nada. La gente blanca lo sabe todo. Míranos a nosotros aquí. Simplemente no sabemos más cuál es la verdad. Si él tiene cosas que decirnos, déjale hablar. Pero no es que nosotros tengamos cosas que podemos decirle. Déjale hablar. Nuestros mismos ancianos simplemente nunca nos enseñaron." Y continuó en esta disposición por varios minutos.

En situaciones como ésa, después de compartir con mis anfitriones una serie de hechos, podía hacer una pregunta. Por ejemplo, con un grupo del clan Abaísa, al mismo nivel de la entrevista, pregunté que hacia dónde sus antepasados se habían "ido" en su emigración de la esclavitud. Hubo una risa penosa; entonces un viejo dijo: "Esa cosa ¡no la encontraremos!" Y otro añadió, "Deja que *él* nos siga diciendo." Cuando les rogué que también ellos tenían que contribuir, me encontré con más protestas de

deconocimiento: "Si sólo hubiera venido en los días en que la gente sabía cosas. Nuestros viejos antepasados están muertos; los que quedamos en la tierra no sabemos nada de nada."

Pero aun en los encuentros cautelosos de mayor frustración a veces terminaban compartiendo conocimiento importante. En una de las primeras discusiones con miembros del clan Abaísa, en que parecía que no iba a ninguna parte, finalmente les referí, una historia detallada de los antepasados Abaísa que había escuchado de otros saramakas, y les pregunté al final si se parecía a sus propias tradiciones.

[Viejo:] Así que ha oído.

[Yo:] He oído.

[V.:] Así que ha oído. [*Silencio largo*]

Basiá [ayudante del jefe], ¿has oído esto?

[Basiá Lántifáya:] No, no he oído esto...

... [*murmurando*:] Pero la de la época de la esclavitud. Esa la he oído.

[Hombre joven:] Le preguntaré a este hombre. ¿Ha salido de Africa la mujer [su mayor antepasado, Ma Kaála, de quien les había estado hablando] con su esposo?

[Y:] No sé; no está en el "libro." Pero he oído que su nombre era Suegro Andolé.

[B. sorprendido:] ¡Exactamente!

[Y:] Pero todavía no entiendo cuál es el cuento de la "esclavitud".

[B:] Ese es. [*silencio*]

[Y:] Pero quiero saber lo que pasó. [*silencio*]

[B:] Quiere saberlo.

[Y:] Sí, quiero saberlo. [*silencio*]

[B. a los demás:] El quiere saberlo. [*silencio largo*]

[B finalmente, carraspeando:] Bueno, lo que hemos oído...

Y entonces procedió a darme la versión más completa nunca antes oída de la escapatoria de los Abaísa de la esclavitud.

Estos encuentros "difíciles" me dejaron emocionalmente agotado, como también sin lugar a dudas a mis anfitriones. Améiká, mi amigo más viejo del clan Dómbi, señaló perspicazmente después que los funcionarios de su aldea le habían prohibido discutir la Primera Epoca conmigo en 1978. "*Ingl dóngó ma án lási en amáka*" (El indio puede estar borracho pero todavía sabe dónde está su hamaca). Améiká decía que los funcionarios pueden parecer unos tontos desde un punto de vista - después de todo era 1978, no 1778- pero había que darle crédito por mantener sus prioridades claras, por no olvidarse de lo que realmente importa. Como espero que haya quedado claro ya, la cooperación era

*siempre* un asunto de gradación en mis discusiones sobre historia con los saramakas, y la ideología de la Primera Epoca no estaba muy lejos de la superficie. Me asocié a Améiká para extender mi respeto hacia aquellos hombres quienes escogieron no tener nada que ver con lo que había parecido un proyecto peligroso y raro. Al pensar en mis encuentros más difíciles o volver a escuchar las cintas que me frustraban si se toma en cuenta la recopilación de datos, me sacudía la dignidad abrumadora de estos hombres ancianos y silenciosos. Si aprendí de ellos menos de lo que me hubiera gustado sobre la Primera Epoca, sí aprendí algo de más importancia. Y espero que mi propia conducta reflejara con éxito la gracia y el tacto con los que siempre me habían tratado, aun mis adversarios intelectuales más severos.

## HACER UN LIBRO

Se ha dicho del difunto etnógrafo francés Alfred Métraux que después de viajar a la Selva Amazónica para hacerse estudiante de sus indios, solía regresar a París deseando nada más que hacerse el indio de sus estudiantes. El complejo proceso de "traducción" entre culturas que caracteriza toda enseñanza y escritos etnográficos refleja un doble problema en un libro como éste. El acto de su creación incorpora el mismo tipo de paradoja que un saramaka anciano diciéndole a un pariente joven un fragmento de la Primera Epoca. Para los tradicionalistas, "saber" es el bien supremo (y "aprender" un verdadero placer—, pero es igualmente un grave peligro "decir". Tal como Otjútju reflexionó una vez: "¡Hay ciertas canciones *papá* de las cuales se dice, 'si la cantas, morirás,' y aún la gente debe cantarlas! "Maldita si lo hacen (dicen, cantan), porque se presentan terribles peligros, y malditos si no lo hace, porque el conocimiento se perdería para siempre. Los saramakas navegan por un rumbo poco fijo, compartiendo de mala gana revelaciones parciales con parientes escogidos. Yo me encontré con un dilema parecido.

Los hombres saramaka están al tanto de la continua e irreversible pérdida del conocimiento; es una parte activa de su propia experiencia y el tema de discusiones frecuentes entre ellos. La decisión de escribir *First-Time* estaba íntimamente atada a este proceso historiográfico. Las cuestiones que planteaba para mí pasaban desde el posible impacto de mis codificaciones en el sistema de conocimiento saramaka al escribir estos fragmentos particulares, a las posibles consecuencias de la identificación de los hombres que habían compartido su conocimiento conmigo mediante sus nombres. Ninguna de estas cuestiones es simple, todas tienen un fuerte componente moral, y sólo el tiempo dirá si las decisiones que consideré sabias lo han sido verdaderamente. Tan lejos como fue

posible, sin embargo, fueron hechas con el consejo y consideración de la gente cuyas palabras se representan en este libro.

Considérese la cuestión de identificar a los que hablaban por su nombre. Hace doce años, cuando escribí mi primer libro sobre Saramaka, no había ningún problema; la gente hizo claro entonces que no querían que se escribiera sus nombres en ningún "libro de 'gente blanca'," y - aunque encontré que la solución era deshumanizada- evité usar los nombres del todo (cuando era necesario, me refería a los individuos y clanes como "A" "B" "X" y así por el estilo). Para la época de mis discusiones en 1978 con los participantes de esa obra, la cuestión había cambiado: la gente estaba dividida, por un lado, entre la conciencia de las sanciones tradicionales en contra de decir cosas a la gente blanca y hablar de la Primera Epoca a *cualquiera* que no fuera parte del clan; y, por otro lado, orgullo de su propia sabiduría y de la del clan, y el deseo de que los jóvenes los recordaran como hombres sabios. Mientras los saramakas ni entendían ni podían entender por completo el resultado final de muchos de los tipos de información etnográfica general que exploré con ellos durante la década de los '60 (por ejemplo, artículos sobre la teoría de parentesco o demografía) tenían una idea viva de lo que parecería un libro sobre la Primera Epoca. Con relación a la historia, era mucho más fácil siempre ser claro sobre mis metas -por ejemplo, comparando las versiones de los saramakas con aquellas que se encontraban en archivos contemporáneos; y como colegas (aunque con desigualdades en muchas y complejas formas) pudimos juntar la búsqueda. La solución que adopto en *First-Time* nace de mis discusiones con los saramakas, pero es claramente responsabilidad mía: en este trabajo identifiqué los que hablan por sus verdaderos nombres con la única excepción de casos (con relación a fragmentos históricos particulares) en los cuales el que habla pidió específicamente que se le mantuviera en el anonimato.

Considérese el posible impacto de este libro en el sistema de conocimiento saramaka. Con presentar ciertas versiones saramakas de hechos y no otras, y con proporcionar evidencia contemporánea escrita, corro el riesgo de establecer una versión "canónica" o "autorizada" de la historia de Saramaka. Mi decisión de publicar es un resultado de la rapidez con la que el conocimiento de la Primera Epoca está desapareciendo, con la seguridad de que los partícipes más importantes en mi aprendizaje han dado su aprobación, y con la esperanza (basada en experiencia del pasado) de que el contenido del libro penetrará sólo gradualmente y parcialmente a aquellos ancianos quienes participan más directamente en el sistema de conocimiento.

Otras cuestiones morales relacionadas abundan. Está la cuestión básica de si la publicación de información que gana su poder simbólico en

parte por ser secreta, no vicia el verdadero significado de esa información. ¿Disminuye fundamentalmente la publicación el valor y significado de estas historias, de estos símbolos muy especiales? Mientras un anciano saramaka siempre cuenta la Primera Epoca selectivamente, y escoge cuidadosamente sus recipientes, la publicación de un libro por su propia naturaleza priva al autor del control (excepto quizás via el idioma en que aparece) sobre la audiencia. Es inevitable que estas historias cruzaran finalmente los límites tradicionales del clan en Saramaka; y todas ellas se dan, inmediatamente y de una vez, a foresteros blancos y negros, el enemigo colectivo tradicional.

Estas cuestiones son tan afines a pequeños detalles como a grandes sucesos. Considérese el nombre del gran héroe Matjáú, Lánu, de quien se dice "Su nombre no debe decirse nunca." ¿Debería aparecer aquí? Tebíni (y otros ancianos) no solamente me dijeron el nombre de Lánu, sino que aprobaron su publicación. A Tebíni (así como a otros), en un sentido, se le ha confiado tal conocimiento que posee y su distribución. ¿Debería proceder con esta autoridad? ¿O debería aceptar la perspectiva -la cual podría seguramente sacar de cualquier número de saramakas si tratara- de que Tebíni (y los otros) han violado un pacto y, en este sentido son "traidores"? O nuevamente, los capitanes Dómbi de la aldea de Sééi le ordenaron a Améiká que no me dijera nada sobre la Primera Epoca en 1978, pero otros funcionarios Dómbi -un capitán y un *basiá* en una aldea cercana- se deleitaban en contribuir. Con la publicación de sus palabras, ¿estoy violando alguna confianza del primer grupo? La cuestión de lo que se llama "consentimiento informado" en la investigación de las ciencias sociales- muy discutido recientemente por sociedades profesionales así como por comités congresionales- se vuelve penosa particularmente en la antropología: ¿son los individuos o son los grupos los que constituyen la unidad apropiada para consentimiento en términos de propiedad que es parcialmente colectiva? ¿Cuánto conocimiento del mundo exterior se necesita antes de que el consentimiento llegue a ser de verdad informado?

Ninguna de estas preguntas tienen una respuesta sencilla. Algunas regresan a cuestiones más generales de las ciencias sociales o la ética antropológica, y todas se refieren de nuevo, en última instancia, a posiciones filosóficas y políticas. Hacer públicos estos materiales debe ser mi responsabilidad exclusiva, pero además, hay responsabilidades especiales que se transmiten a los lectores de un trabajo como éste, quienes con sólo leerlo se hacen en parte guardianes de su conocimiento y posible poder. Una palabra sobre estas responsabilidades no estaría fuera de lugar.

Quisiera recordarles a los saramakas que oigan o lean partes de este libro que no vayan a manejarlo como una biblia, sino como un primer



intento incompleto de juntar los fragmentos del conocimiento de la Primera Epoca que he podido aprender. Es un intento, en última instancia, de celebrar la tradición historiográfica saramaka, de ejemplarizar cuanto éxito han tenido los saramaka colectivamente al conservar una imagen de las verdades de la Primera Epoca y me propongo estimular a toda una nueva generación de historiadores saramaka para que continúen la búsqueda y que amplíen y profundicen nuestro entendimiento.

De la misma manera quisiera exhortar a los forasteros (bien sean de Surinam, holandeses, norteamericanos, o lo que sean) quienes a lo largo de su trabajo u ocio tengan contacto con los saramakas, a respetar el estado "indecible" de este conocimiento. Para estos lectores, el libro habrá cumplido su propósito si trae mayor respeto hacia los logros históricos de los saramaka como para sus tradiciones eruditas. El conocimiento mismo, a menos que sea como el que aparece en un libro, digamos, de estructura social o arte, no es para discutirse ni siquiera levemente con los saramakas. Para la discusión de este conocimiento se requiere un código y etiqueta especial así como también una verdadera facilidad con el idioma. Cuando Tebíni, por ejemplo, llegó a la conclusión de que se podía publicar el nombre de Lánu, era ciertamente suponiendo que no se diría en Saramaka más rápidamente que hoy día. Muy generosamente, asumió que los lectores compartirían la misma discreción que yo.

Y finalmente, para la gran mayoría de lectores que nunca tendrán la oportunidad de conocer saramakas sino por medio de libros, este estudio es un homenaje a la dignidad a pesar del estado de opresión en que se encuentran y al rechazo continuo hacia los intentos que hacen los forasteros para definirlos como objetos. Describe, en sus propias palabras, una gente formando, contra todos los males y por su propio esfuerzo un nuevo mundo. Son hombres y mujeres ordinarios quienes fueron llevados a ejecutar hazañas extraordinarias. Y por sus logros, debemos todos considerarnos más ricos.

En *First-Time*, la unidad de análisis es el suceso. Tomando fragmentos (a menudo una mera frase) de diferentes hombres, comparándolos, discutiéndolos con otros, retándolos en contra de sus rivales, y eventualmente enfrentándolos con evidencia contemporánea escrita, trato de empezar a desarrollar un cuadro de lo que los saramakas más sabios saben y por qué lo saben y lo conservan. Establecer comparaciones constantemente -retando y discutiendo la serie de sucesos con los saramakas- en vez de recoger pasivamente un texto fue mi *modus operandi*. Pronto me di cuenta de que la información se almacenaba o depositaba en forma peculiar (canciones, catálogo del dominio de la tierra, y así por el estilo) y que no estaba accesible al que hablaba en otra

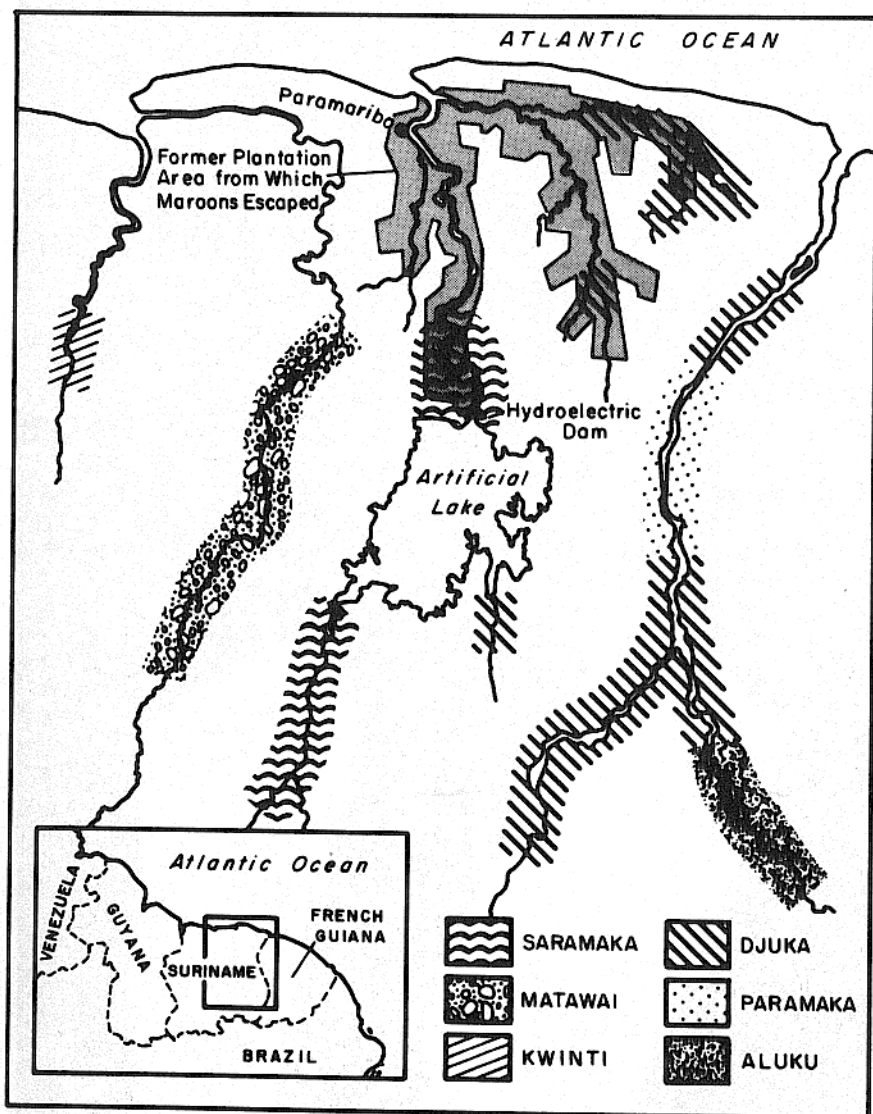
forma. "Diferentes personas" según da por sentado David William Cohen refiriéndose a historiadores orales de Africa Oriental, "tienen en mente diferentes modos y sistemas de arreglar y simplificar la compleja y masiva información que el pasado lega a los vivos". Si, por ejemplo, le pedía a Tebíni el nombre de algún sucesor de un capitán, él podía honestamente negar el saberlo. Sin embargo, resultaba que la información se incluía en una canción o un fragmento narrativo que él sabía bien, y me sería referido semanas más tarde a propósito de otra cosa. Simplemente no era accesible para él en la forma en que le pregunté.

Aun los hombres más respetados por la sabiduría varían en la profundidad y amplitud de sus repertorios del conocimiento de la Primera Epoca, y lo que cualquier individuo saramaka sabe del pasado lejano es muy idiosincrásico. Muchos ancianos, incluyendo algunos capitanes importantes, saben muy poco acerca de la historia anterior a 1762. Y los hombres de más conocimiento tienden a saber muy poco sobre aquello que está más allá de los propios intereses de su clan, y a veces del clan de su padre. Todo esto nos lleva a una paradoja: la mayor parte del conocimiento que el libro contiene asombraría a (y sería nueva para) cualquier saramaka vivo; sin embargo a la misma vez, estoy casi seguro de que representa solamente la cima de la montaña de hielo (es decir, del "iceberg") que los saramakas conservan colectivamente sobre la Primera Epoca.

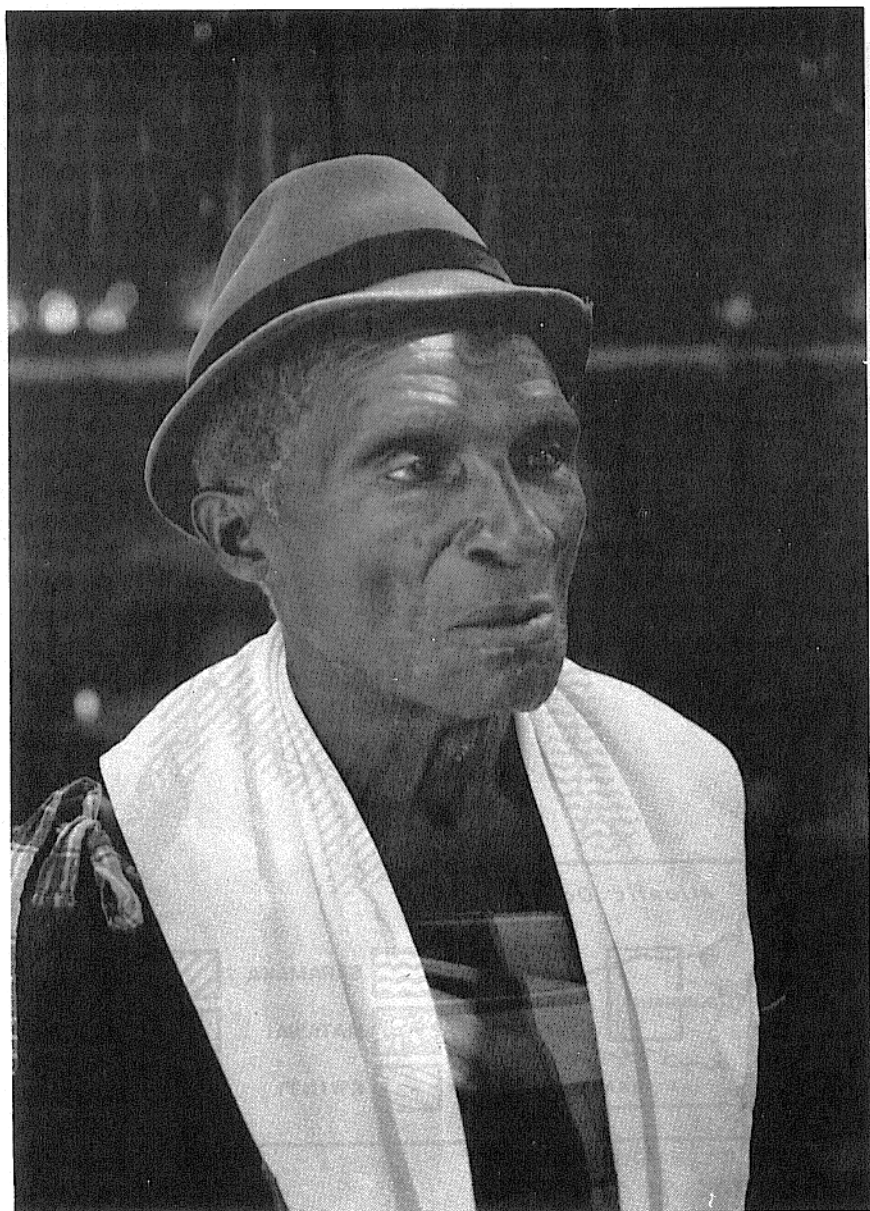
Hoy día este "iceberg" se está derritiendo a una velocidad espantosa. Según cambia la vida social y económica de los saramakas, especialmente en relación con el mundo que sobrepasa los límites de la tribu, también cambia el significado y valor del conocimiento de la Primera Epoca. Como decía el capitán Góme, "La hora es ya muy tarde." El interés de hombres maduros y jóvenes se dirige hacia diferentes recompensas, más fáciles de lograr; a la misma vez, información falsa se filtra en el sistema del conocimiento. Es cierto que el mundo saramaka en el que tuve el privilegio de trabajar nunca será igual (y no solamente por las consecuencias de mi propia intervención la cual considerada en este contexto amplio, debe parecer algo inconsecuente); turistas, misioneros, funcionarios del gobierno, y visitantes escolares contribuyen activamente, aunque sin saberlo, a las revisiones más importantes del conocimiento de la Primera Epoca. La vocación del historiador saramaka tal como Tebíni o Góme, quien se pasa años de su vida tratando de juntar una imagen de "lo que pasó en realidad," está dando paso a respuestas simples que recogen de forasteros prestigiosos. En el proceso, el fondo ideológico de la Primera Epoca se está corrompiendo. En el nuevo mundo que los hombres jóvenes se están forjando, el conocimiento de operar una máquina o tractor se está haciendo más importante que los detalles del

dominio de la tierra o canciones esótericas. Lo que fue una vez una pérdida gradual del conocimiento por medio de un reajuste sutil de las experiencias anteriores para acomodar nuevas metas sociales -una parte integral y normal de un sistema que sigue- se ha hecho ahora un proceso que se escapa y que muy bien puede que se dirija hacia la desaparición total.

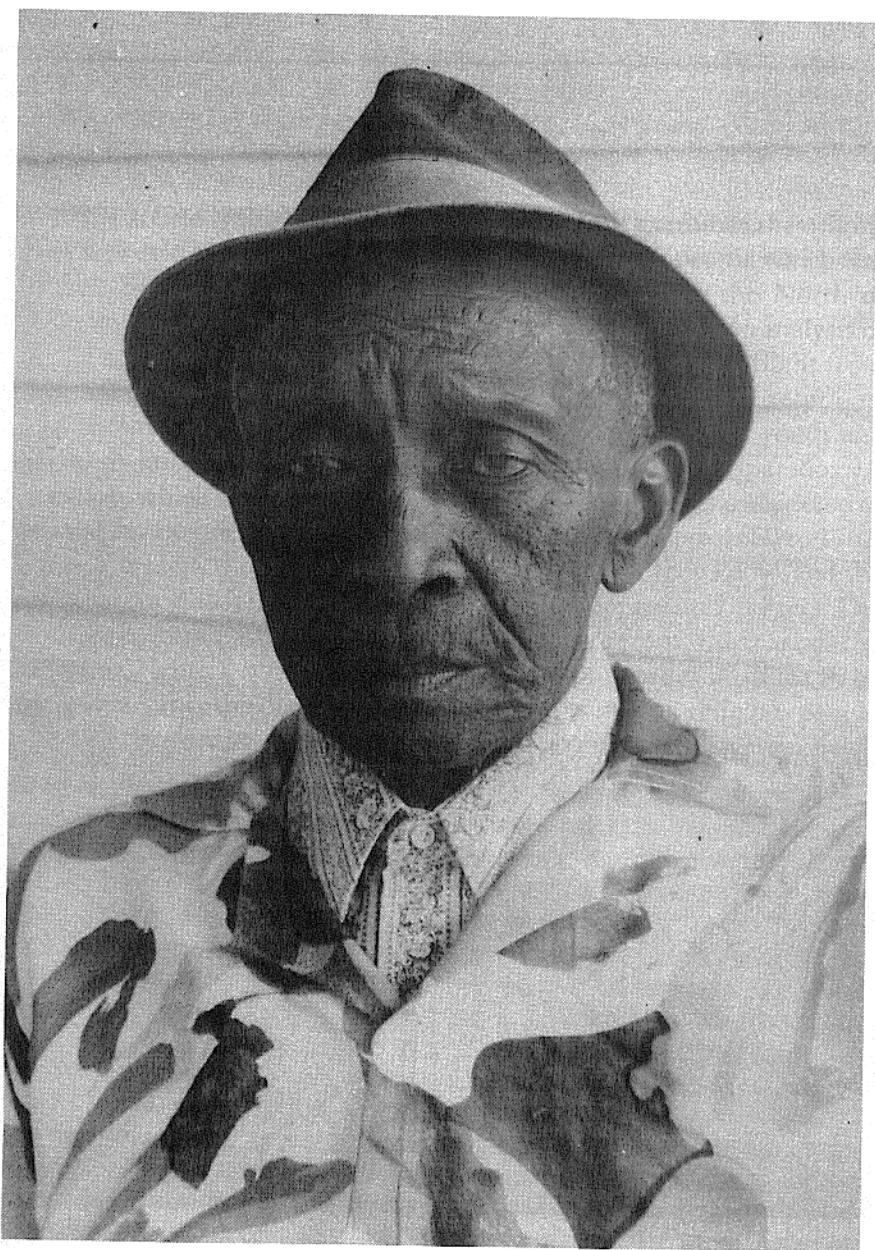
Tebíni y otros hombres de ciencia están seriamente conscientes de cómo la modernización amenaza a sus propias tradiciones orales. Hace algunos años, poco antes de morir, Kositán, el hermano mayor del jefe de la tribu, se dirigió a una reunión política grande. Entre sus palabras, según se recuerdan hoy día, hizo una declaración mordaz sobre la desaparición del conocimiento de la Primera Epoca. "La canoa del conocimiento (*sábibóto*) del clan Matjáu... cuando casi iba a partir para siempre, la vi de reojo cuando pasaba por ese árbol (indicó un árbol que estaba río abajo del desembarcadero). Ni siquiera otra persona que todavía esté aquí (viva) vio su estela. Sólo yo." Pienso a menudo cuán tarde tuve la oportunidad de ver el rastro de esa canoa, la cual estaba más lejos aún, y camino de desembocar en el mar.



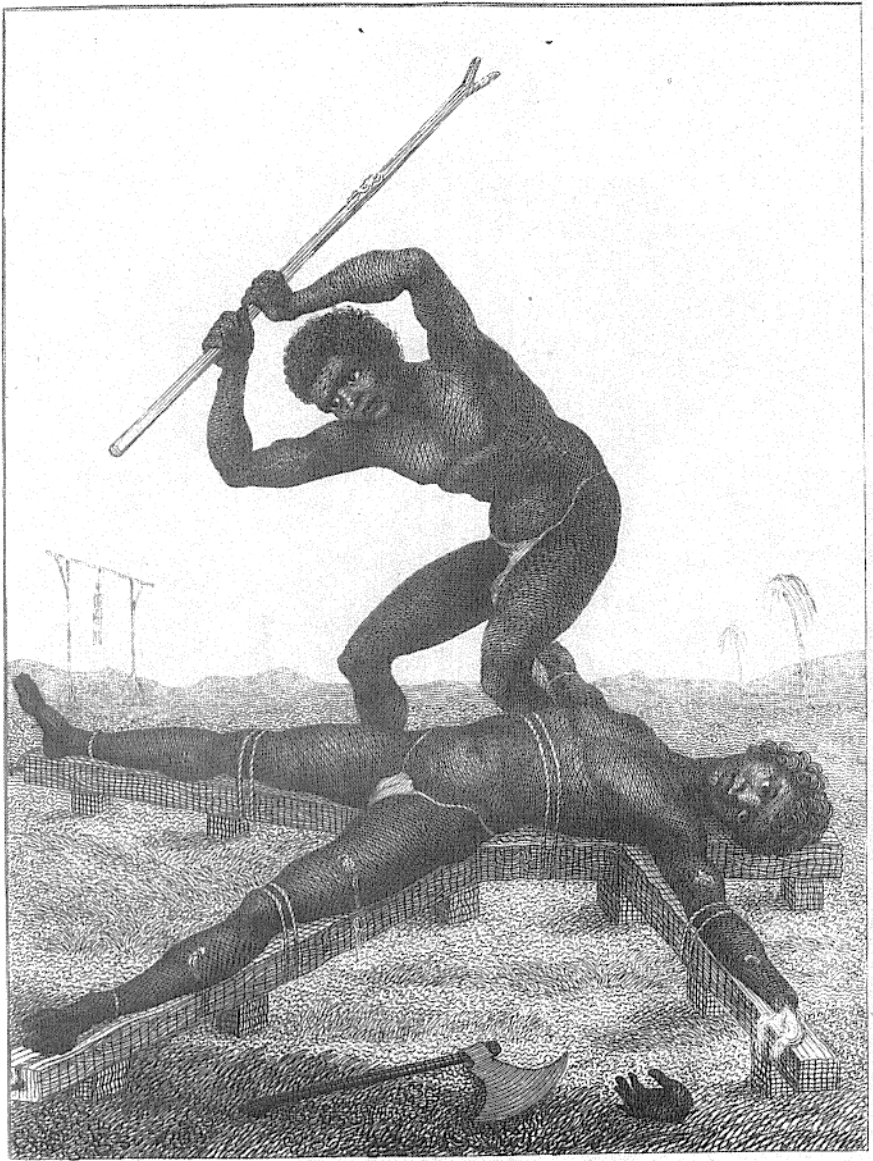
Los saramaka y los demás cimarrones de Surinam



Tebíni, 1898 - El mayor historiador saramaka de hoy día.



Agbagó (Abóikóni), 1886 - El jefe tribal de los saramaka desde 1951.



"The Execution of Breaking on the Rack". Grabado de William Blake, sobre un dibujo de John Gabriel Stedman, quien fue testigo de la escena en 1776.

## SUMMARY

This article is the first chapter of a book which examines the origins and the world view of the Saramaka, an Afroamerican people which was formed by the fugitive slaves of haciendas located in the North of Surinam in South America. The entire article is dedicated to an analysis of the "Ancient Period", that is to say, the origins of the tribe: flight from the haciendas, persecution by the masters and punishment and executions. The Saramaka have various historians who stimulate both youth and adults to know their origins. Nonetheless, there exists a paradoxical situation, which is that the "ancient age" or "first time" is considered to be fatal for people, as it had been during the period from 1680 to 1762. For this reason, the old historians never tell all that they know, and the information which they transmit is always fragmented and indirect. The first age is, in the words of the author, "the source from which arises the collective identity, which contains the true root of what it means to be Saramaka". It is the object of invocation, and is made a religious plea in times of danger. It serves also to settle disputes between clans.

The identity of the Saramaka is established in the liberty-slavery dichotomy. Thus the fundamental function of knowledge of the first age consists of insuring that slavery will not be repeated.

The sufferings of that age have had such a profound impact upon these people that even now their major fear is that they will be returned to the times of slavery and inhuman torture.

Richard Price delves deeply into the details of this dreaded epoch, the complex processes of the oral transmission of history among the Saramaka people, and also the obstacles which he had to overcome as a white, English speaking foreigner in order to become acquainted with the inaccessible world of the "first age".